

Salvia

Vamos pasando un campillo
como bañado de gracia,
aprentando sobre el pecho
como a tórtolas robadas,
el hábito de la menta
el ojo azul de la salvia,
el trascender del romero
y el pudor de la albahaca.

Corto con la mano de aire,
corto como desvariada
y, voleando el manejo,
les miento sus cuatro patrias:
La Castilla y la Vasconia,
La Provenza y la Campania.

Llegué al punto de su flor
y sus bodas azuladas.
Toda hierba amé, pero ésta
siempre fue mi ahijada.
Lento el hábito, ojos dulces
y este fervor que las alza.

Aquí estoy mirando cuatro
bultitos de encuelladas,
tan atentas con sus dulces
cuellos de niñas alzadas.

Matas de azul no engreidas,
en su hábito balanceadas,
así apresurando azules
y volando aligeradas.

Esta siesta se la doy
y ellas me la dan sobrada.
Aunque les vuelvo sin bulto,
mera señal, bicea fábula.

¡Qué bien que estamos así
por el encuentro arrobadas!
Sobran la ruta y las gentes
y el tiempo que antes volaba.

— GABRIELA MISTRAL

Editorial

Apostolado Seglar

"VOSOTROS sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz mundo" (Mateo 5, 13-14). *Estas palabras las dirigió Jesús, en su mensaje de la montaña, no sólo a los apóstoles, sino a "todo este gentío" que veía ante Sí. "Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras, y glorifique a vuestro Padre que está en los cielos"* (Mateo 5, 16). *En estas palabras finca el llamado de Cristo al apostolado seglar. Por este apostolado entendemos la cooperación apostólica de los seglares, sean hombres o mujeres, a la extensión del reino de Dios en la tierra.*

Esta cooperación se deduce también, al decir de san Pedro, de la común "clase de sacerdotes reyes" (1 Pedro, 2-9), por la cual se condiciona no sólo el co-ofrendar el sacrificio en el altar y la inmolación de sí mismo, sino también la acción apostólica en la sacrosanta obra de divulgación del reino de Dios. El deber del trabajo apostólico también se hace patente en la solidaridad de la humanidad y en la íntima trabazón anímica que media de hombre a hombre. "Uno solo es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos" (Mateo 23, 8). "Comportad las cargas unos con otros, y con eso cumpliréis la ley de Cristo" (Gálatas 6, 2).

Esta trabazón entre almas se halla cimentada en el misterio de la más estrecha unión sobrenatural de los redimidos en "un solo cuerpo" del cual "Cristo es la cabeza." De él todo el cuerpo trabado y conoero entre sí, recibe por todos los rasos y conductos de comunicación, según la medida correspondiente a cada miembro, el aumento propio del cuerpo para su edificación mediante la caridad" (Efesios 4, 16).

Finalmente el deber del apostolado seglar se basa en la promesa que diera Jesucristo, promesa que encierra asimismo un mandato: "Todo aquel que me reconociere delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos" (Mateo 10, 32). Es cierto que la religión cristiana, más que cualquier otro asunto, es cosa del corazón, pero en modo alguno debe constituirse en asunto exclusivo del corazón que en él se agote y se consuma. Muy al contrario, ella debe abarcar la totalidad y la integralidad del hombre y transformarse en levadura que no cese de trabajar hasta que haya penetrado todo: individuo y familia, cocueta y colectividad, estado y pueblo.

Este pensamiento ya alcanzó eclosión externa en el cristianismo prístino, como lo atestiguan los Hechos de los Apóstoles y las cartas de san Pablo. "También te pido, oh fiel compañero, que asistas a éas que conmigo han trabajado por el Evangelio con Clemente y los demás coadjutores míos..." (Filipenses 4, 3). Aun en tiempos postapostólicos, la Iglesia constantemente admira y ponderaba la labor apostólica de los seglares.

El apostolado no es privilegio o una misión exclusiva de un grupo reducido dentro de la Iglesia, sino una vocación universal del cristiano, en virtud de su misma inserción en el Cuerpo Místico de Cristo, de su participación en la vida de Cristo.

El gran apostolado que el seglar, cualquier seglar, está llamado a ejercitar, es el de una vida cristiana consciente y fuerte, valiente y alegre, que informe todos sus actos y sea como una levadura en medio del mundo que le rodea; del mundo que observa sus obras para juzgar su fe;

(Continúa en la pag. 40)

podríamos llamar buenas excusas con respecto a nuestra mala conducta. Es igualmente erróneo sentir lástima por consigo mismo por el cúmulo de circunstancias que exigen rendición de cuentas. "Gnoethi Seauten!", dice el antiguo adagio griego — "Conócete a ti mismo". Si es de presentar al mundo una personalidad integral y positiva, hemos de comenzar por insistir en una transparencia y diáfandía de alma sin tacha en nosotros mismos.

Esto, empero, no significa que hemos de llegar a ser introvertidos al punto de dudar de la honradez del motivo de cada acto o decisión. Tampoco es la honradez del propósito garantía de que el mundo siempre nos dará crédito por el deseo que tengamos de hacer lo que es correcto. Lo que los demás puedan pensar de nosotros no es de primordial importancia.

Alguien, acaso, podría haberse preguntado en el curso de la lectura de estas líneas, por qué honradez y verdad han sido tratados bajo el mismo epígrafe. En alguna forma su competencia se desarrolla en esferas totalmente diferentes. Sin embargo, desde un punto de vista personal, las dos van constantemente unidas en un espíritu de abnegación y de valerosa convicción. Los santos han sido hombres y mujeres que despreciaban el medio personal en bienes de este mundo cuando ello implicaba superfluidad en cuanto a sus necesidades o corrupción de cualidad y motivo, y adhirió a la verdad tan apasionadamente que buscaban la íntima unión con Dios, aunque tal determinación les costara persecución y muerte. Cristo, el irreprochable líder, declaró que las aves tienen sus nidos y las raposas sus madrigueras, mientras Él no ha tenido donde reclinarse la cabeza (Mateo 8, 20). Como que para Él no existía acepción de personas, por lo que respecta a la verdad, fue conducido a la muerte en el madero de la cruz. Y no obstante es a Él, por su diáfana abnegación, a quien debemos las bendiciones de nuestra existencia y la esperanza de una vida eterna.

Lo que es verdadero, genuino y sincero siempre permanecerá en crédito de la personalidad humana. Lo que es falso y meretricio, simulado; lo que es ostentación y falta de honradez, todo esto arrastra necesariamente a la desintegración y quedará eventualmente desmascarado. La norma de desarrollo para la personalidad cristiana e integridad personal es clara. La mente humana no puede hallar descanso ni reconciliación a no ser en el hábito de una constitucional sinceridad para consigo mismo.

En último análisis, integridad personal significa más que self-respect. Finca esencialmente en un espíritu de desinterés. Tan sólo inquiriere por lo que es correcto y justo; busca de dar verdadero valor donde encuentra valor. Se interesa únicamente por lo que puede hacer prosperar toda causa digna, el bien común. El hombre que es una sola cosa consigo mismo, es, por la misma prueba, un benefactor de la humanidad, una legítima fuerza de progreso, una luz en la oscuridad de la confusión, una columna de fuerza para todos aquellos que titubean en la penumbra y que sin embargo se hallan destinados a arribar a la luz.

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados" (Mateo 5, 6). †

EDITORIAL

(Continuación de la pagina 38)

del mundo en busca de una verdad absoluta que dé firmeza a su vida y a su pensamiento en crisis.

Acción sobrenatural, desde luego, destinada a la conservación y edificación del Cuerpo Místico de Cristo; acción, por consiguiente, que debe estar vivificada por la gracia la oración. No deseñemos en modo alguno este apostolado, que es propio de todos los fieles cristianos por el hecho mismo de pertenecer a la Iglesia; y menos en estos tiempos en que el naturalismo ambiental nos seduce, y trata de inspirarnos excesivamente confianza en el poder de los simples medios naturales.

Mi Inspiración

¿Quién me arrullaba en medio de mi sueño?
¿Quién me llevó a la hermosura del mundo?
¿Quién me acarició con un amor sincero?
Por quien siempre anhelo aunque lejos de mí,
Es nadie más que tú, mamá.

Tú eres la luz de mi infancia,
la esperanza y consuelo de mi juventud;
y en tus tiernos abrazos y caricias
siento el amor ardiente
de un corazón noble y puro.

En los momentos de incertidumbre y desesperación
sólo tus palabras me alivian en mis penas;
eres mi consuelo en la soledad y tristeza,
como en aquellas noches frías
cuando me protegías.

Ahora que estoy lejos de ti,
tu hija que te busca, para satisfacer
un deseo ardiente.

Tú siempre me inspiras en esta
trabajosa vida;
Una inspiración me das para que
triunfe después.

¡Mamá! — ¡Qué palabra más hermosa!
¡la pronunciaré para siempre!
¡La mantendré grabada en mi corazón!
Doy gracias a Dios que tengo
una madre como la mía
el más precioso tesoro que poseo
en esta vida.

— LOURDES B. UNABIA
B.S.E. II

— LUIS EUGENIO